

Escrito está

MIGUEL MOLINA RABASCO

Cuando se avanza en edad y aumenta la experiencia, que es la forma más humilde de sabiduría, nos asaltan numerosas dudas sobre casi todos los aspectos de la conducta, hechos e ideales humanos; nos invade algo así como un dolorido escepticismo, que pone cristales oscuros a nuestra visión del mundo, atenuando la luz y tiñendo el paisaje de grises difusos. Decece la confianza en cuanto mueve, impulso, y atrae al hombre y, por contra, crece la esperanza y la fe en aquello que escapa a sus acciones y ambiciones, en un universo más allá de lo empírico, de lo racional, de lo tangible.

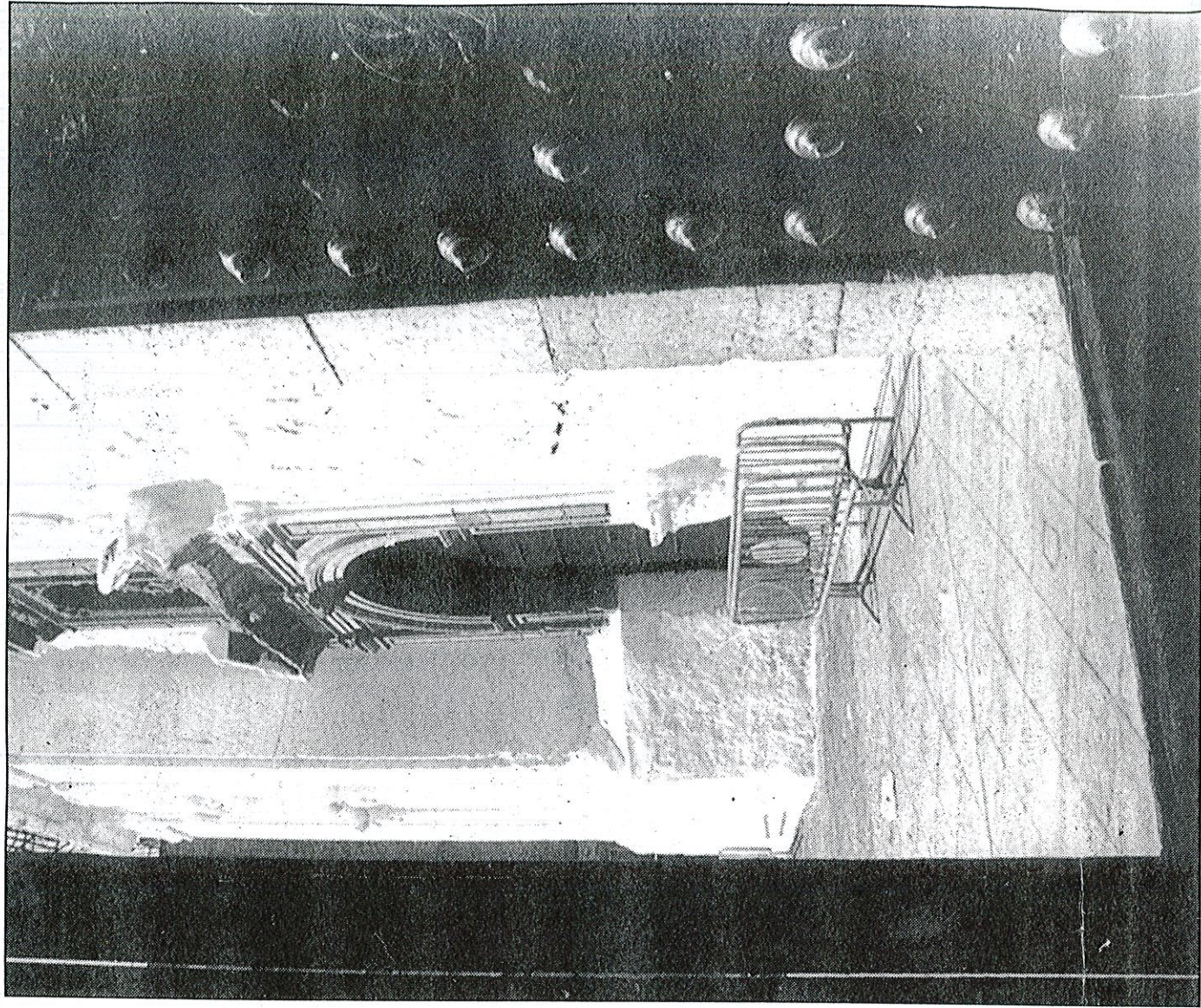
Quizá esta percepción desencantada sea sintoma de decadencia, como piensan algunos; pero también puede ocurrir que, una vez escalada la cima de la madurez, la perspectiva vista desde allí de cuanto ha sido motor de nuestros atanes, se nos aparezca sin falsos ropajes, sin ilusionados adornos, en su cruda y descarnada realidad. Y, entonces, nos embarga el desánimo y el escepticismo apuntado, porque con este nuevo panorama no nos sirven las razones que justificaban nuestras ideas y creencias, y hemos de encontrar otras que den sentido al hecho de vivir.

En el colmo del entusiasmo científico, se nos dijo, orgulloso, que somos de la misma materia que las estrellas del mismo polvo que ese conglomerado de soles, constelaciones, galaxias, dispersos de manera ordenada o desordenada —ésta es una de las últimas teorías— por el espacio infinito —o limitado, según otras hipótesis—, que forman el Cosmos; se nos explicó el común origen de todas las formas de vida, en larga evolución de miles de millones de años... Pero este parentesco universal no elimina las dudas que nos embargan, ni llena nuestras aspiraciones de supervivencia, ni calma nuestras inquietudes. Ya sabemos que todo está hecho de una misma materia: así figura escrito en el más importan-

te de los libros. Y nos satisface que esas inmensas luminarias del cielo, en perpetua fisión nuclear, estén formadas con átomos iguales a los nuestros; nos seduce que esas bellas flores del camino, que perfuman el aire limpio de la primavera, y el águila que vuela majestuosa y lejana, y la corza huidiza, cuya silueta se recorta en el horizonte, y el pez multicolor de las profundidades del océano, y todo cuanto bulle y corre palpitable de eso tan sugestivo e inexplicable que llamamos vida, tengan nuestras mismas procedencia, seamos hermanos, como proclamaba el pobrecito de Asís.

Pero se trata de otra cosa. Las estrellas se apagan, se colapsan y deshacen; todo lo viviente desparece, aunque sobre sus despojos surjan nuevos seres. Y el hombre, que por azar o por una suprema voluntad —según quien reflexione sobre ello— ha desarrollado la extraña facultad de sentir, de amar, de conocer, de pensar sobre sí y sobre cuanto lo circunda, al constatar el hecho, se interroga tratando de hallar respuestas al por qué de todo. Y le atena, además, el deseo irresistible de no extinguirse, de perdurar; y llega a la conclusión, entonces, de que nos valoraríamos muy poco si esta individualidad nuestra, formada por pensamientos, ideas, afectos, fobias, recuerdos y esperanzas, fuera simple resultado de reacciones químicas internas; y nos despreciaríamos demasiado si creyéramos que no somos algo diferentes, distinto de un conjunto de átomos organizados por la casualidad y por el mero transcurrir de los siglos.

Y nos asalta, enérgico y fuerte, el convencimiento de que alguien proyectó y compuso el programa del mundo, desde las simple partículas elementales a las complicadas redes de células y órganos de las especies; desde la incalculable pequeñez de lo microscópico hasta la inmedible grandeza del universo... Y en este momento,



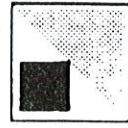
Detalle de la puerta de la Capilla de Nuestro Padre Jesús Nazareno.

ARCHIVO

como si se rasgara el tupido velo de las dudas, se nos muestra, como prueba clara y testimonio cierto, la voluntad de Dios.

Porque El ha escrito su nombre en todo; en el espacio exterior que nos anonada con tan numerosos astros y, sin embargo, para-

ca lotería de posibilidades casi nulas. Sólo creyendo en El, puede explicarse la existencia tal y como la conocemos, sólo con fe en El, pueden admitirse los misterios, oscuridades y contradicciones que aún no alcanzamos a comprender.



ALGAR hnos.

PREFABRICADOS DE HORMIGON

Ctra. Córdoba-Málaga, km. 469
Tel. 50 14 02

LUCENA



**ALMACENES HIJOS
DE DIONISIO, S.L.**

MATERIALES DE CONSTRUCCION

C/. Cerro Moreno, s/n.
Tel. 51 47 37 - 51 46 93
Fax. 51 52 20

14900 LUCENA
(Córdoba)

L. COMUNICACIONES, S.L.

PEDROSA *Joyería Regalos*

**JOYERIA, RELOJERIA, ARTICULOS DE REGALO
LISTA DE BODAS, REGALOS DE COMUNION**

Gral. Chavarre, 3 - Tel. 50 02 01

14900 LUCENA (Córdoba)

L. COMUNICACIONES, S.L.